

FERROVIARIOS. MEMORIA DE ACERO EN UNA CIUDAD SIN TREN (2012)

Guión, dirección y montaje: Verónica Rocha.
Intérpretes: Eva Bianco, Luna Paz, Verónica Rocha, Max Delupi.
Fotografía: Juan Manuel Costa.
Productor: Diego Pignini, Pablo Spolansky.
Director de arte, diseño de producción: Lorena Stricker.
Sonido: Carlos Cáceres.
Música: Enrique Roitner, con temas de Pez y Mara Santucho y Los Cincanos.



EL YO Y EL NOSOTROS

Leandro Naranjo

Ferrovianos es una película retrospectiva, una reconstrucción histórica, a la vez colectiva y singular. Es un documental expositivo, de evidente afán didáctico y con un claro predominio de lo temático por sobre lo formal. El film está formado por dos bloques, temporal y estéticamente heterogéneos, amalgamados por el relato de una voz *over* que organiza y conduce, habilitado por su presencia omnisciente, el recorrido de Verónica Rocha, que hace las veces —en simultáneo— de directora y protagonista. Rocha vuelve al pueblo en que vivió su infancia, Cruz del Eje, para encontrarse allí con el pasado: con *su* pasado, subjetivo y singular, y con el pasado más general, el que comparten los vecinos de su ciudad natal. El recuerdo se transforma en la materia prima de un proyecto que revisita el pasado para tratar de explicar el presente, para complejizarlo, para darle cuerpo y permitir, en última instancia, afinar la búsqueda de la identidad: la de uno y la de todos. El *yo* y el *nosotros*, esas instancias expresadas esquemáticamente en el cambio de registro (de lo documental a lo ficcional, de la imagen sobria a la imagen estéticamente forzada) procuran confundirse para comunicar la idea de que la historia pública y privada no corren por caminos paralelos, sino que interactúan y se vinculan dialógicamente: la historia del pueblo afecta la vida íntima de sus ciudadanos y, a la vez, la historia personal condiciona el modo en que se percibe esa historia macro. El pasado en *Ferrovianos* no es simplemente un recuento de anécdotas, fechas y personajes, aunque en ocasiones el relato se remita a este tipo de recursos. Rocha procura decirnos que el pasado afecta al presente y eso lo mantiene vivo. El pasado está en las ruinas que ella elige de fondo para sus entrevistas, y que funcionan como símbolo del abandono pero también refuerzan la idea de que hay algo ahí que no pudo ser superado, que se resiste a ser reemplazado, a desaparecer.

Cruz del Eje es una ciudad ferroviaria, que en 1978 sufrió el desmantelamiento de esa industria y debió afrontar los despidos y la tragedia que significó en aquel entonces la incertidumbre sobre el futuro laboral de gran parte de sus habitantes, directa o indirectamente vinculados a los trenes. El ferrocarril aparece en el film de Rocha como una figura retórica que permite comprender los avatares socio-económicos argentinos a lo largo de varias décadas, los cambios de Gobierno y de modelos y las distintas formas de intervención estatal.

El motor narrativo de la película es, casi exclusivamente, la palabra, en manos de su locutor *over* y, fundamentalmente, de los entrevistados, personas cercanas al ferrocarril por antiguos vínculos laborales y también afectivos. La palabra (dentro y fuera de campo) es el elemento que cohesiona la puesta en escena. El montaje, eventualmente, aparece para organizar esa palabra de modo tal que confluya en un discurso único, plural pero homogéneo: unos a otros, los personajes se dan pie o concluyen la idea que otro comenzó segundos atrás. En esos casos, la película encuentra una virtud y un defecto porque construye un discurso ágil y fluido, pero quizás demasiado coherente para ser algo grupal.

En las estaciones de tren se encontraban oportunidades laborales, pero también amistades y amores. El tren organizaba al pueblo y eso implicaba incluso definir los horarios de sueño de los ciudadanos que vivían, en varios sentidos, de él. Los clubes de fútbol llevan aún el nombre de las dependencias ferroviarias en que trabajaban sus fundadores. Cruz del Eje aún es una ciudad ferroviaria, y ese es el discurso que la película termina por construir; así lo sienten sus pobladores y, por supuesto, los ferroviarios, convencidos y orgullosos, conscientes

de que hubo una época en que intentó convertírselos en vagos, borrachos y delincuentes, pero seguros de que jamás fue así. (En determinada época, el ferroviario fue tratado como un cáncer para el país, como un impedimento para el progreso, como el culpable de una industria “deficitaria” que dejó de ser concebida como un servicio público para beneficiar los intereses de extranjeros y de algunos pocos locales).

Algunos días antes del mundial de 1978, se produjeron los despidos y comenzó el desmantelamiento. Se liquidaron puestos de trabajo efectivos y se acabó con el comercio que funcionaba a partir de ellos, pero además se decidió recurrir a la demolición del taller (con todas sus implicancias simbólicas) para así hacer explícita la intención de aniquilar cualquier posibilidad futura de resurgimiento. Y como si fuera poco, hubo otra época – esta vez muy cercana– en que se decidió hacer de las ruinas ferroviarias una cárcel modelo. En 2006, De la Sota haría efectivo un plan propuesto años atrás por Ramón Mestre (padre) e inauguraría el penal de la ciudad, que además incorporaría luego la escuela de policías y el palacio de tribunales.

Cerca del final, la directora acompaña a los entrevistados mientras recorren las ruinas, se refieren a ellas y recuerdan su pasado. Esos vestigios del pasado adquieren mayor protagonismo en la medida en que se los transita; aún es necesario recorrerlos, pensar en ellos, traerlos de vuelta al presente. Una manera de vincular la memoria y la identidad, nociones recurrentes y elementales a la hora de pensar en *Ferrovianos. Memoria de acero en una ciudad sin tren*.

Leandro Naranjo

Leandro Naranjo es estudiante del último año de la Licenciatura en Cine y Tv de la UNC, realizador audiovisual, crítico de cine y programador en el cineclub cordobés Cinéfilo.

Contacto: leanaranjo@gmail.com